

1976

EL año en que se fue Mao, el año en que vino Carter... A la hora en que buscar un tema a este año que se nos está marchando, no se sabe bien cuál de los acontecimientos que ha deparado puede ser el que tenga un mayor alcance histórico. La Historia sólo se escribe después. Mientras está transcurriendo, no es fácil saber dónde está su trascendencia. A veces, algo que los contemporáneos menosprecian o ignoran es lo que encierra la semilla del porvenir. Cuando a Papín se le escapó una marmita de las manos nadie podía imaginar que estaba naciendo la máquina de vapor, que produciría la era industrial y que de ella saldrían las formas de capitalismo y de socialismo en que se iba a basar la lucha política por lo menos durante un siglo.

La salida de Mao, en nuestra medida de tiempo, en nuestra perspectiva, es un acontecimiento mayor que el advenimiento de Carter, y no sólo porque Carter sea todavía una incógnita, sino porque la incógnita que deja Mao al morir es mucho mayor. Dominaba un mundo que había creado a su imagen y semejanza: pertenecía todavía a la gran época en que la Historia era la de la aventura y el hombre. Toda la Historia anterior conocida e imaginada, toda la Historia escrita —salvo los nuevos ensayos historiográficos— se basa en hombres y en aventuras, mientras la actual parece que comienza a basarse en pueblos, en relaciones de fuerza, en equilibrios económicos. Y en una relatividad de las verdades. Mao fue una gran aventura y un gran

hombre para esa aventura. Naturalmente que la liberación de China fue mucho más que un hombre y una aventura; fue una larga lucha de un pueblo, y lo sigue siendo. Pero ese pueblo aceptó la forma de pensamiento y la dirección visible de un hombre al que glorificó en uno de los cultos a la personalidad más inmensos que haya conocido la Historia. Todo sobrepasó lo que

para China en un momento histórico largo de verdades absolutas: es decir, cuando la contracción de las situaciones límite no permite ninguna relatividad ni ninguna duda, porque no da tiempo. Por eso su muerte tiene un significado especial. La verdad absoluta del maoísmo estaba terminada, no era ya válida para su propio país; se había esclerotizado, había envejecido.

Eduardo Haro Tecglen

el puñado de fundadores consideraba como único motor: el marxismo. Como lo sobrepasaba, o pretendía que se sobrepasase, le inventó un nombre nuevo: el maoísmo. Que luego se ha distribuido por el mundo con un afán mimético muy propio de nuestro tiempo. Parece claro que los fenómenos políticos extraordinarios corresponden a situaciones también extraordinarias. Mao correspondía a la encrucijada de valores de su tiempo y de su país, como Castro corresponde con las suyas. Quizá el valor mayor del marxismo sea no el de unas fórmulas infalibles de acción, adoptadas como científicas —en un tiempo en que la ciencia era considerada como infalible, como una verdad absoluta de sustitución a la teología o a las religiones—, sino el de una manera de pensar que pueda adecuarse a cada circunstancia histórica. Marx no enseñó a los suyos todo lo que había que hacer, sino cómo había que pensar ante cada hecho. Lo han olvidado. El maoísmo fue una verdad absoluta

Precisamente porque no se había aceptado lo mejor de Mao, que era su modo de pensar, su agilidad de joven para adoptar posturas nuevas ante hechos nuevos. Un cierto deshielo ha comenzado en China: no se sabe dónde ni cómo va a terminar. Las predicciones son imposibles. Pero ahora mismo, China no es ya como era al comenzar el año, y toda la evolución que pueda tener será de una influencia enorme en todo cuanto suceda en el mundo. Es en este sentido en donde hay que buscar la grandeza de Mao: en el de haber sabido crear un país de lo que era una inmensa horda, cuyas decisiones y cuyas alteraciones tienen una importancia decisiva en el mundo entero.

Algunos desgajamientos del mimetismo marxista-leninista han tenido también este año una importancia primordial. El mimetismo del comunismo europeo era el de la URSS y su revolución de octubre. Y en la lectura literal y no trascendental de Marx. La conclusión a la que han llegado algunos partidos

comunistas —los de Francia, Italia, España, por lo menos—, es la de que el modelo no vale: ni el modelo de la revolución de octubre, pese a la enorme fuerza de su imaginaria y a la realidad de que cambió el mundo en su tiempo y para siempre, ni la consecuencia a la que ha llegado, que es el régimen actual de la URSS. De aquí viene la invención de lo que se ha llamado "eurocomunismo", que ha tenido en este año una demostración práctica de su realidad, en las elecciones italianas, y un espejo oscuro o un ejemplo negativo: el de Portugal, donde el partido comunista —el de Alvaro Cunhal— siguió actuando por el mimetismo de octubre y por el reflejo de la URSS y perdió una revolución que en realidad nunca existió. Portugal nos ha dado este año un sistema democrático que sin duda no estaba enteramente inscrito en los propósitos de quienes protagonizaron el movimiento de las Fuerzas Armadas, que buscaron una solución nueva —y en realidad la buscaban en modelos antiguos: entre un tercermundismo, un castrismo, una autogestión al estilo argelino o quizá al yugoslavo— para un país que debía ser enteramente nuevo. Por el sistema que ha sido posible, por el de un ciclo constitucional muy apoyado desde el exterior, se ha encontrado con un socialismo —el de su jefe de Gobierno, Mario Soares— y una moderación —la del Presidente de la República, Ramalho Eanes— que unidos le emparentan con las socialdemocracias del Norte, cuya base primordial es la de que gobiernan países de riqueza



Jimmy Carter: un rostro nuevo para el mismo imperio.



El maoísmo fue una verdad absoluta para China.

y bienestar, y cuya aplicación a un país legendariamente pobre, salido de un fascismo y de una guerra colonial más empobrecedores aún —en lo humano y en lo económico—, puede ser difícil. Con un partido comunista más flexible, más en las líneas nuevas, quizá se hubiese llegado a Gobiernos más amplios y más representativos y a fórmulas que hubieran de ser posiblemente nuevas. El partido de Alvaro Cunhal no pudo resistir una de las enfermedades del comunismo, y no precisamente infantiles porque atacan a veces a partidos maduros, que es la del protagonismo, no siempre adecuado a las circunstancias históricas en que se desenvuelve y a las relaciones de fuerzas.

Fue un renacimiento del nunca muerto anticomunismo de los Estados Unidos y de sus aliados europeos el que cercó durante dos años a Portugal para evitar una solución revolucionaria que era prácticamente imposible en el contexto internacional. Pero puede uno preguntarse si la otra vía, la del eurocomunismo, tiene en este momento —el futuro es otra cosa— mayores posibilidades de triunfar. El ejemplo italiano es interesante. En Italia, los comunistas han demostrado una fuerza electoral y una capacidad de apoyo de las masas considerables, además de unas dotes de iniciativa y de imaginación enteramente nuevas. Han demostrado una ductibilidad política enorme, al proponer alianzas, gobiernos provisionales, dosificaciones, juegos de toda clase. Y, sin embargo, la explotación de su victoria electoral y del declinar de la democracia cristiana y la imposibilidad de continuar las alianzas de centro-izquierda no les permite gobernar. No se ha ocultado la mano del anticomunismo militante en todo ello: desde las amenazas directas de los Estados Unidos —por Ford y Kissinger— hasta las indirectas del mismo imperio, por el Mercado Común y la OTAN, pasando por una tensión interior que incluso ha dejado planeando la sospecha de un golpe de Estado de la derecha si los comunistas tuvieran acceso directo al poder, lo han impedido. La fórmula política es la de un pacto entre el Gobierno y las izquierdas, de forma que las abstenciones en la Cámara —previa la aprobación de los programas económicos y políticos— permitan seguir gobernando a la democracia cristiana hasta que la situación se aclare. Si se aclara.

¿Sucedería lo mismo en Francia? La política dominante, la que representa el Presidente Giscard, está buscando soluciones previas: que la alianza de comunistas y so-

cialistas en el programa común no llegue a tener fuerza electoral, porque el atractivo de la derecha, huyendo de su propio nombre, sea suficiente para evitar la inclinación a la izquierda del pueblo francés, al que se presenta esa unidad de la izquierda como una aventura. Y nada hay que inquiete más a los franceses de hoy que la aventura porque, desde hace años, las están perdiendo todas. La evicción del primer ministro Chirac y su sustitución por Raymond Barre, revestido de una mitología de economista, es una de las acciones de esta "reforma" que busca Giscard d'Estaing en la sociedad francesa. La reforma económica y una reforma de costumbres y de organización social. Más fácil es ésta que la primera. Porque Francia sigue inmiscuida en ese imperio general de Occidente

del que no podría salirse, como no pueden salirse Italia o Portugal.

Este es el imperio que desde enero va a representar Carter, y cuya imagen va a exportar por el mundo su nuevo secretario de Estado, Cyrus Vance, al que ya se define como el anti-Kissinger: el hombre que huye de la espectacularidad. Hablar del "Año de Carter" en este sentido es poco convincente. Porque si bien Carter es el nuevo rostro del imperio de los Estados Unidos, el imperio sigue siendo el mismo. Es inútil pensar que vaya a aflojar sus riendas, porque son su medio de vida. Quizá los Estados Unidos hayan construido, como dijo uno de sus analistas, un imperio involuntario, en el sentido de que persiguiendo unas fórmulas de libertad y democracia universales, según sus declaraciones constitu-

ciones, han terminado sojuzgando a más de medio mundo y forzando al otro medio a mantener un rostro autocrático. Puede uno dudar, porque mientras aquellas declaraciones se firmaban hace ahora doscientos años —y también hemos tenido ahora que recibir todas las imágenes de la conmemoración— el imperio se estaba creando ya por la expansión hacia el Oeste y por el mantenimiento en el interior de una mano de obra barata, explotada. Voluntario o involuntario, el imperio existe y los Estados Unidos están contruidos sobre él: su economía está basada en él, y su bienestar material —el moral se perdió, desgraciadamente, hace muchos años— necesita ese armazón universal. Necesita las nuevas formas de colonialismo que estamos viendo en Oriente Medio y necesita los juegos con los precios del petróleo que somete a Europa —y otros países— a su mayor voluntad. En este año, los Estados Unidos han consolidado su vieja fórmula imperial inicial, la doctrina de Monroe, la de que "América es para los americanos", llegando a dominar casi enteramente el continente por medio de regímenes como el que se ha fundado en la Argentina y como el que prevalece en Uruguay. Hubo un momento en que la tiranías americanas estaban ya terminadas, por otra concepción imperial de los Estados Unidos —la que representó Kennedy—, pero el regreso al viejo sistema del bastón, que preconizó el primer Roosevelt, se ha impuesto. Y ya no es un bastón: es la metralleta, el campo de concentración y la tortura.

Podría ocurrir que Carter adoptara una línea más dúctil con respecto al continente, una línea del estilo demócrata kennediano, si es que los intereses que predominan en los Estados Unidos lo toleran. Podría ocurrir también, como se dice, que profundizase en las líneas tendidas hacia la URSS y en la aceptación de aquello hacia lo que la URSS tiende. Como podría también ocurrir que tuviera una mejor aceptación para los eurocomunistas, como igualmente se dice. Una política de "cartierismo" sería ésta, a partir del momento en que por primera vez desde hace muchos años coincida el dominio de un mismo partido, el demócrata, en la Casa Blanca y en el Congreso.

Pero no será fácil. La línea de los imperios es siempre rígida, y no se quiebra hasta que aparece otro imperio, como sucedió con Gran Bretaña. Y después con Francia. O hasta que se encuentre una fórmula para evitar los imperios.

Es la fórmula que se busca. Pero no hay que pensar que en los años próximos, al comentar el balance final, se pueda llegar a decir que esa fórmula se ha hallado ya, o que comienzan a aplicarse algunas de las buscadas. Ni Mao ni Stalin pudieron proporcionárselas a escala universal. ■



El "eurocomunismo" de Berlinguer ha tenido este año una demostración práctica de su realidad en las elecciones italianas. Abajo: el ejemplo negativo del portugués Cunhal, que aparece en la foto junto al soviético Boris Ponomarev.